



La lectura y sus problemas

Pedro Pablo Paredes

Todos leemos todos los días. Lo hacemos con el fervor del caso. Con el cuidado del caso. Con el sentido que semejante actividad impone siempre. Aludimos a los problemas que nos presenta la lectura cada vez que intentamos abrir un libro. No son muchos estos problemas. Pero son problemas. Hay que mirarlos, aunque sea a la carrera, porque no debemos perderlos de vista. Debemos, para ser sinceros, resolverlas para que la lectura que nos proponemos en un momento dado nos resulte, de verdad, saludable. Es decir: provechosa. Pues, el primer problema de la lectura nos lo presenta el autor del libro que, de pronto, abrimos. No debemos, natural-

mente, leer cualquier autor. Tenemos que escoger autor. Y hay tantos, que podemos darnos el lujo de seleccionarlos. Y no se trata de lujo. El autor debemos seleccionarlo, ya que hay tantos. Y tenemos que seleccionar el mejor posible de todos. Así, y en principio, la lectura no nos defraudará: nos satisfará sin discusión. ¿Está claro?

Y, seleccionado el autor, un clásico, un romántico, un contemporáneo, pasamos a la segunda selección: la del libro que vamos a leer. Sea colección de cuentos, sea novela, sea leyenda, sea selección de poemas, la selección es indispensable.

Nos referimos a los libros poéticos. Pues lo mismo declaramos respecto de los libros no

poéticos, como el ensayo, la crónica, la historia, etc. El lector verdadero, según esto, tiene que tener, hasta donde le sea posible, cultura crítica. Esta lo salvará de las lecturas pésimas, que son tan abundantes. Y lo llevará, como quien dice de la mano, a las lecturas positivas, verdaderas, legítimas, que son de dos clases. O son poéticas, como el cuento, la novela, el poema, etc., o son meramente literarias, como la historia, el ensayo, la crónica, etc.

Una nota especial. Tenemos, naturalmente, que saber leer. Si no sabemos leer, somos analfabetas. Sólo que, a veces muchas, procedemos como analfabetas para la lectura: leemos cualquier cosa. Y el caso es ter-

minante. La lectura debemos seleccionarla a cada paso. Habiendo tantos, pero tantos libros, mal podemos elegir insignificantes. El verdadero lector es aquel que sabe elegir autor y que sabe, también, elegir libro. Si procede contra esta regla tan diáfana, perderá la plata, perderá el tiempo y perderá la vista. Al llegar a este punto hemos hecho un descubrimiento en que no habíamos pensado. ¿Cuál es? Muy fácil: consiste en que el lector verdadero es, sin que se dé cuenta del hecho, un antólogo. Sabe a quién va a leer y, de remate, sabe al mismo tiempo qué le va a leer. En fin de fines, un dicho muy manoseado: quien sabe leer en jamás de los jamases anda solo.